

Los libros

españolas. O para que, todo pasión y fuego continental, hierva contra los hechos de los yanquis en la América Española y tiemble por el futuro de nuestra tierra que en tiempo de Darío hablaba en español.

El escritor que no está de acuerdo con él o que no admira incondicionalmente sus talentos literarios ha de ser por la fuerza imbécil, degenerado, cretino, mulato, plagiaro o cornudo. Hasta cuando quiere elogiar dice una palabra áspera y estridente para la figura que debe enaltecer. Así, en el muy justiciero estudio que dedica a don Enrique Díez Canedo dirá, después de comparar al poeta con Valencia, con D'Annunzio y con Carducci:

Ya estoy oyendo las carcajadas y las voces de la crítica de corrillo:

Este hombre absurdo comparaba al desgraciado Díez-Canedo con Valencia, con D'Annunzio, con Carducci.

Ni Díez-Canedo merece adjetivos que no sean de respeto ni yo lo comparo con nadie. Digo y repito que la *Oda a la Cibeles*, momento muy feliz de su inspiración y de su técnica, soporta el parangón con obras similares de culminantes poetas. (Pág. 166.)

Es un elogio, pero un triste elogio con sus reticencias y sus alusiones irrespetuosas puestas en boca ajena.

Más adelante nos ha de sorprender con un chiste de pésimo gusto para un capítulo que pretende pasar como la crítica de un poeta y que, desde el título, lleva envuelto el carácter de una reparación generosa y espontánea.

Dice de la poesía de Díez Canedo:

Atenea.—8

El sentimiento, hemos convenido, no se transparenta en sus versos. Sin embargo, allí está: se adivina por detalles, como se adivina la seducción del rostro de una mujer bajo inexpresivo antifaz.

Así en *La vida clara*, que no debemos confundir con la vida cara. (Ibidem.)

Es una manera bien original de entender la lealtad con la obra poética de un compañero cuyo elogio se está haciendo.

Pero no sigamos sorprendiéndonos. De iguales y mayores incoherencias está llena la obra de Blanco Fombona. Pero, a pesar de todo, el hombre y el escritor nos interesan. Aunque no pueda con sus estridencias y demostraciones de fuerza más o menos espectaculares llegar a conmover nuestra sensibilidad admiramos la pasión que pone en sus amores y en sus odios, pasión que sería un instrumento maravilloso si la viéramos al servicio de algo más alto que la inmoderada idea de sí mismo que consume trágicamente la existencia frenética de este escritor.—Roberto Meza Fuentes.

LETRAS FRANCESAS Y PAROLES ARGENTINES, por Juan Pablo Echagüe.

El último viaje a Francia de Juan Pablo Echagüe ha sido fecundo. Es un argentino que siente la emoción de la latinidad y que mira hacia París con devoción casi mística. Y al mismo tiempo siente la pasión de su tierra y de su Buenos Aires que es para él la segunda capital latina.

Y si en Francia habla generosamente de su patria argentina en Buenos Aires hablará con fervor de las letras francesas. Ambos libros (1) son contemporáneos y habrá que juzgarlos juntos. Así veremos desde un prisma más completo la personalidad de su autor.

Juan Pablo Echagüe está ligado a un capítulo memorable de la cultura argentina: el de la evolución de su teatro. Su apasionado prologuista cita para fundamentar esta sencilla y evidente opinión y establecer un ambicioso paralelo con Lessing tres nombres europeos: Pierre Laserre, Gustave Lanson y Max Nordau. Lo que nos parece un desatino evidente. Porque tales hombres, preocupados de sus propios problemas, no tienen ninguna autoridad para juzgar los nuestros. Debe algún día terminar la pueril manía sudamericana de buscar para nuestras obras consagraciones europeas. Al escritor de Europa le interesa América como mercado de sus libros. Por eso, cuando opina sobre nuestras obras sus juicios no tienen otra misión que la de la avanzada diplomática que explora y tiende redes. Gustave Lanson, con una vida entera consagrada al estudio y enseñanza de las letras francesas; Pierre Laserre, preocupado de desentrañar la esencia de escuelas y autores europeos; Max Nordau, entregado a su múltiple labor vulgarizadora y demoleadora ¿iban a tener tiempo e interés por seguir la evolución de la escena argentina y pre-

(1) *Letras francesas*. M. Gleizer, Buenos Aires, 1930.

Paroles argentines. Le Livre Libre, París, 1930.

ocuparse del papel que en ella correspondía al crítico Juan Pablo Echagüe? Sus frases habrán de interpretarse como mera cortesía internacional o como signo inteligente de estrategia literaria para conquistar clientela y admiración recíproca. Ya es la hora de romper con estas viejas mentiras convencionales. Más de un viajero me ha contado sus hallazgos memorables en las librerías de viejo de España y de Francia. Allí de los libros vendidos en lote por las celebridades literarias en que una multitud sudamericana ávida de gloria desahoga su admiración fervorosa al «querido maestro» que vende los libros al peso sin tomarse siquiera la molestia, o la precaución, de abrirlos.

No vamos a discutir las ventajas de todo orden de las vinculaciones literarias. Pero, para aceptarlas, hemos de asegurarlas sobre una base de sinceridad y de honradez. No dejarnos embriagar por las hipóboles epistolares que muchas veces ruborizarían a quienes las escriben si sospecharan que, alguna vez, sus cartas iban a ser publicadas. Conozco más de una celebridad literaria edificada en parte no desdeñable en la admiración que derramó a raudales en cuanta obra grande, mediocre o pequeña llegó a sus manos con una dedicatoria amable. Así hizo el negocio de su reputación y lo administró con la conciencia de un honrado tesorero de una sociedad de socorros mutuos.

No digo que sea este el caso de Juan Pablo Echagüe. Hay en su obra valores sustantivos que harían irrespetuosa o inoportuna una pre-

sunción o hipótesis en tal sentido. Pero hay en su claro talento la ingenua ilusión de creer en la celebridad europea del modesto escritor sudamericano. Por eso buena parte de su obra está consagrada a la propaganda recíproca de Francia en Argentina y de Argentina en Francia. Hay que agradecerle este interés generoso cuando de él nacen libros como los suyos en los que una claridad armoniosa preside en la serena y precisa ordenación de las ideas. Pero es nuestra opinión la de que al europeo, más que con propagandas, hay que conquistarlo con obras. El caso de Ricardo Güiraldes. Muerto el autor, la obra se traduce a varios idiomas europeos. Hemos acaso saturado el ambiente con nuestra propaganda y, cuando ha llegado la hora de las obras, nos hemos presentado en paños menores.

No vamos a reprochar a Echagüe su pasión de las cosas de Francia que lo ha llevado a transformar en Jean Paul, traducción francesa de su nombre de pila, su nombre literario. Sentimos también la atracción de la cultura francesa. Hemos leído sus poetas, estudiado sus filósofos, admirado sus críticos de sentido sutil y penetrante. Pero no creemos que, para el aprendizaje de la cultura que realizan nuestras jóvenes naciones, haya que rendirse en la actitud del discípulo apasionado que entrega su pueblo a un magisterio único. Nuestra falta de tradición es una ventaja que nos permite asimilar de todas las culturas conocidas los elementos necesarios a nuestro desarrollo material y espiritual. Así formaremos alguna vez nuestra cultura original

y propia. Pero urge darnos cuenta desde luego de que América existe. Y si es necesario una dosis de heroísmo para entrar en un terreno todavía virgen y selvático hemos de apelar a ella si queremos conocer nuestros problemas que es conocernos a nosotros mismos. Tomemos del europeo el método, la claridad, el orden para llegar al descubrimiento de nuestra intimidad. No podemos renegar de la cultura latina, ni de ninguna cultura, pero tampoco debemos aparecer como los corifeos de un partido en pugna con una fracción antagónica que trata de imponer otra influencia europea. Porque si atribuimos al francés la claridad y la elegancia no hemos de negar al alemán la solidez y la profundidad. Y el ideal nuestro no ha de ser formar partidos beligerantes entre quienes quieren el imperio de la claridad y entre los que, afanosos, buscan en la sombra el camino de los grandes problemas. ¿Qué perdería la profundidad con claridad y por qué habríamos de desdeñar la elegancia aplicada a las severas construcciones de la ciencia y la filosofía?

Buena parte de la obra de Juan Pablo Echagüe tiene un significado político. El gobierno francés le ha concedido la Legión de Honor. Homenaje, por lo demás, muy merecido por este diplomático de las letras. Pero desde el punto de vista literario en que quisiéramos colocarnos es un homenaje que restringe la libertad del escritor, que liga su acción y su obra a un gobierno o a una patria extranjeros. Y en un escritor de ideas, aunque sea de simples ideas literarias, como es Juan Pablo Echagüe

aspiramos los lectores a un máximo de libertad en la expresión del pensamiento.

No nos traiciona por ahora Echagüe en esta pretensión y se lo agradecemos. Porque este caballero de una orden que subsiste aun en una República democrática y parlamentaria dedica las mejores páginas de sus *Letras Francesas* al examen de los autores monárquicos y anti-parlamentarios. Adopta Jean Paul el tono mesurado y digno de la exposición. Pero en estas trascripciones del pensamiento ajeno se siente, sin duda, latir el corazón de sus propias preferencias. Es un latido muy *Action Française*. No hemos por ello de negarle nuestra atención ya que no lo podemos acompañar con nuestra simpatía.

Con todo, más que el examen de las letras francesas, ha de interesarnos en el libro de Echagüe un capítulo que es de historia argentina y americana. El destinado a investigar los orígenes de la famosa frase de Sarmiento al partir al ostracismo: «Salvajes, las ideas no se degüellan». El pretexto del ex-ministro de Napoleón III sirve para que el escritor argentino trace una figura colorida y viviente de su ilustre paisano. Sentimos alentar a Sarmiento en esas páginas, rígido en su uniforme de general, escuchando dificultosamente el discurso que le dice en San Juan, su pueblo nativo, un niño de la escuela. El general no puede reprimirse y, cuando al término del discurso, alza al niño en sus brazos para besarlo en la frente una lágrima de fuego quema sus mejillas flácidas. Hay que completar este capítulo con

el que el mismo Echagüe consagra en *Paroles argentines* a la obra literaria de Sarmiento. Es, sin duda, el núcleo del libro. El resto, formado por artículos circunstanciales, prólogos y un discurso de agradecimiento, no es de gran valor. Pero en el capítulo de Sarmiento encontraremos estudiados a fondo los orígenes psicológicos de *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia* y, con una competencia que sería difícil igualar en escritor de nuestra América, la labor del autor de *Facundo* como crítico teatral.

En este terreno nos parece Echagüe en lo suyo. Mucho más que cuando se extasía leyendo o escuchando de los propios labios de los autores franceses los eternos tópicos sobre la cultura gala y el salvajismo germánico. Resultan anacrónicas en el libro de Echagüe consagrado a las letras de Francia algunas páginas que le envidiaría el más recalcitrante de los *chauvinistas* que no se da cuenta todavía de que el esfuerzo de los hombres de buena voluntad converge hacia la organización de la paz edificada gracias al sacrificio heroico de un previo desarme espiritual. Podrá argüirse que Echagüe glosa pensamientos ajenos. Es verdad, pero lo hace con la tensión máxima del estilo propio.

Muy sumario el capítulo de *Paroles argentines* consagrado a Grousac, el erudito y apasionado escritor franco-argentino. Peca el artículo por su origen precipitado y periodístico. Echagüe hubiera hecho un positivo servicio a nue tras letras americanas si, al recogerlo en libro, lo hubiera ampliado y completado. Tiene Grous-

sac en la Argentina el prestigio de un maestro y bien merece que un escritor de la importancia de Echagüe le consagre algo más que una diplomática presentación ante el público de su patria de origen. Que sepamos, nadie ha emprendido en la Argentina ese estudio de conjunto de la obra de Groussac tan discutida y polifacética y acaso Echagüe, que tan bellas páginas ha escrito sobre Sarmiento, pudiera darnos una síntesis del pensamiento de Groussac. Este hombre fué duro y severo para combatir lo que él consideró el error y la mentira pero, a despecho de las heridas transitorias que en más de una parte puede haber ocasionado su ardor polémico, hay que reconocer en él un amor muy sincero y profundo por esta América de cuya cultura fué un obrero abnegado y sin descanso.

Exhuma Echagüe las crónicas de Sarmiento en *El Mercurio* de Valparaíso y sigue a través de ellas la trayectoria de su pensamiento combatiente y tajante. Este hombre pensaba y sentía con toda el alma. Su crítica teatral es la proyección apasionada de sus convicciones políticas. Aspira a la máxima libertad y a la verdad definitiva. No admite en ello transigencia alguna. Le falta acaso ductilidad y amplitud para la verdad del adversario. Más que la especulación le interesa realizar, hacer de la palabra el instrumento y comentario de la acción. Por eso el mismo no concede en su literatura mayor importancia a los elementos formales. Quiere llegar derechamente a su fin como la saeta a su blanco. Le falta un poco de duda y de excep-

ticismo. Y por eso es cruel, implacable, tremendo. No da ni pide cuartel.

Todo esto nos lleva lógicamente a decir que sus ideas estéticas estaban subordinadas a sus ideas morales. Veía en el teatro una tribuna de resonancia y se daba cuenta genialmente de su proyección social innumerable. Sin desconocer las reglas clásicas fué el impetuoso abanderado romántico. Para pueblos jóvenes como los nuestros más que escribir bien el problema era sembrar y difundir ideas que contribuyeran al adelantamiento de la sociedad. Desde este punto de vista Sarmiento enfoca su crítica con su estilo vigoroso y polémico.

Para Echagüe, la crítica teatral de Sarmiento removi6 en el grande hombre no sólo sus ideas estéticas sino que también los rincones más íntimos de su vida privada. Fué a raíz de una crónica dramática que se encendió la hoguera. Sarmiento ardió en una indignación fecunda. De ella nacieron *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia*. Acorralado y herido, escribe con sangre. De su dolor sale su libro buscando compensación en la ternura del recuerdo de los días filiales. El demoledor de prejuicios vuelve la mirada al pasado y sueña en su terruño, en su madre, en sus maestros, en los amigos de su infancia. Pisando, aunque idealmente, la tierra de sus amores y sus sufrimientos su fe se sentía robustecida y su ardor reclamaba su puesto en el combate. Porque la vida de Sarmiento en Chile fué una batalla permanente.

Se daba cuenta de que su pensamiento contrastaba con violencia con

el medio en que vivía. No le importaba. O, más bien, le importaba porque quería la guerra. Guerra ideológica, apasionada y sin miramientos, destemplada y colérica en que los artículos se entrecruzaban con los insultos y las bofetadas. Sarmiento era el héroe del romance:

Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear.

Y no sólo en Chile, donde se le reprochaba su ingratitud de emigrado, sino en su propia patria donde al calor de las luchas políticas se llegó a los extremos máximos de crueldad para hurgar en las íntimas heridas de su vida. El tiempo ha atenuado esa violencia y ha borrado el abrupto perfil de esas aristas envenenadas. Ya tenemos para siempre la egregia figura de Sarmiento civilizador continental. En Chile nos queda su huella formidable en la educación pública, en la vida literaria, en las ideas políticas, en la cultura, en suma.

Echagüe ha levantado el tono de sus dos libros últimos al hablarnos de Sarmiento. Interesa más a su destino de escritor argentino su evocación de esa gran figura humana que la actitud bélica de sus amigos los escritores franceses recogida en uno de sus libros. Por lo demás al pedirle a Echagüe que mire más hacia nuestra América no le pedimos nada de extraordinario. Es reiterarle lo que, con la insistencia de un apostolado, ha sido su prédica constante de tantos años de crítica teatral. Que los autores miren el fenómeno maravilloso de un gran pueblo en formación y dejen palpitante en sus libros un

temblor de esa vida.—*Roberto Meza Fuentes.*

POESIA

GUÍA DE JARDINES, por *Rogelio Buendía.*

El señor Buendía es un literato antiguo. Sus primeras producciones fueron editadas en 1912, y los dieciocho años de literatura transcurridos, le han impuesto el deseo de no quedarse atrás, de estar siempre al día. Y este deseo es bien difícil de cumplir, si se toma en cuenta que el autor no ha claudicado con el ambiente literario de la capital española. Todos sus libros han sido editados fuera de Madrid y los que aparecen con el pie de imprenta fechado en Madrid, no fueron allí tomados muy en cuenta. Pero es justicia reconocerle que ha hecho desde provincias—Huelva, ciudad de su residencia—cuanto ha estado de su parte para estar dentro de la literatura a tono con Madrid. Y poco después de las festividades gongorinas lanzó a la publicidad esta *Guía de jardines* (1).

Como decimos, en ella se obedece a una sola voz de orden: don Luis de Góngora y Argote. Pero como ha quedado demasiado distanciado del maestro la voz de orden apenas se oye, y la oye el lector cuando se encuentra con alguna imagen que ya ha conocido en las *Soledades*.

(1) Huelva, 1929.